

AGUSTÍN BASAVE

Nace una estrella

Mañana terminará esa suerte de *neoreaganismo* que encarnó George W. Bush. Si se cumplen los pronósticos que dan por hecho el triunfo de Barack Obama, el cambio será inexorable.

Mañana terminará esa suerte de *neoreaganismo* que encarnó George W. Bush. Aunque le quedarán algunas semanas en la Casa Blanca, para efectos prácticos sus nefandas políticas económica e internacional habrán pasado a ocupar sendas y sombrías páginas de la historia. El daño está hecho, desgraciadamente, en Estados Unidos y en el mundo entero: todos sufrimos en mayor o menor medida las graves consecuencias de su déficit, de su *laissez faire* especulativo, de su unilateralismo, de su guerra en Irak, del tráfico de influencias de sus colaboradores a favor de las industrias armamentista y petrolera, de su rechazo al Protocolo de Kioto, por mencionar sus más conspicuos errores. Pero a partir de la elección de su sucesor las cosas serán diferentes: si se cumplen los pronósticos que dan por hecho el triunfo de Barack Obama, el cambio será inexorable.

Ya que no puedo depositarlos, hago votos por que Obama gane. John McCain, que empezó su campaña como el menos republicano de los republicanos, se fue transfigurando gradualmente en un representante del cenáculo de la mano invisible y del empecinamiento belicista. La reunión en que su partido lo ungió como candidato fue un espectáculo espeluznante. Después del sabor de boca cosmopolita que dejó la convención de los demócratas, la de sus rivales hizo gala de un aldeanismo jingoísta y neoliberal que disipó cualquier duda sobre su vocación de aislamiento. Pienso en el escenario político europeo, recuerdo los discursos republicanos y me asalta una palabra: anacronismo. Sin un profundo *aggiornamento*, ese partido no puede ser contemporáneo de nuestro tiempo.

Afortunadamente, las encuestas coinciden en una clara victoria de Barack Obama. Existe, desde luego, el riesgo de un voto masivo de los indecisos por McCain o de que la distorsión del efecto Bradley —la expresión racista del *social desirability bias* que hace que algunas personas mientan a los encuestadores sobre su intención de votar contra Obama— nos haga abrigar falsas esperanzas. Pero es impensable que casi todos los que no han decidido su voto se inclinen por McCain y que los racistas vergonzantes constituyan más de 8% del electorado. Todo parece indicar, pues, que lo único que podría salvar al candidato republicano de la derrota sería un factor sorpresa ligado al terrorismo. Y tampoco parece probable que Al-Qaeda quiera “agudizar las contradicciones” de su enemigo o que los halcones conservadores cometan una locura en el afán de provocar una eclosión de miedo.

Continúa en siguiente hoja



Fecha 03.11.2008	Sección Opinión	Página 22
----------------------------	---------------------------	---------------------

De manera que todo parece estar listo para que Barack Obama sea presidente de Estados Unidos. De ser así, la sociedad norteamericana daría una muestra de sensatez. Las circunstancias internas y externas exigen que el próximo líder de la superpotencia sea un estadista visionario y dispuesto a encabezar un cambio profundo en el orden político y económico internacional. No basta con castigar electoralmente a la ideología que ha llevado a ese país al desastre y está arrastrando a todos los demás al borde del abismo. Se requiere llevar al poder a alguien que pueda leer el signo de los tiempos y fluir con la corriente, y un hombre ligado al pasado, así sea un *maverick* como John McCain, tendría en sus hombros un lastre que más temprano que tarde lo haría ahogarse y ahogar cualquier transformación. La transición que la humanidad pide a gritos es de tal envergadura que sólo un político de mentalidad revolucionaria puede entenderla, y

esa mentalidad parece haberse cultivado en el hijo de un inmigrante africano que ha padecido la discriminación.

Es evidente que es Obama y no McCain el hombre indicado para este momento histórico. No sé si el senador por Illinois estará a la altura de las exigencias y si comprenderá que, de cara a la grieta histórica que enfrentamos, la prudencia es sinónimo de audacia. Como he dicho en este espacio, su responsabilidad será incluso mayor a la que le correspondió a Franklin D. Roosevelt y no estará muy lejos de la que le tocó asumir a Mijaíl Gorbachov. Si sólo intenta salvar al capitalismo o, peor aún, si trata de remendar al anarcocapitalismo, y si pretende parchar las instituciones financieras internacionales o deja que la inercia se haga cargo de la Organización de las Naciones Unidas, corre el peligro de ser rebasado por los acontecimientos. Si, en cambio, decide presidir la construcción de un nuevo orden mundial, seguramente mantendrá el liderazgo de su país en un entorno multipolar, por encima de China, India, Rusia y cualquier otro país que adquiera un papel protagónico. Un verdadero adalid no espera a que el viejo andamiaje se le caiga encima para iniciar la edificación del nuevo.

Barack Obama tiene frente a sí la oportunidad con la que sueñan todos los políticos de estatura y ambición. La de echar a volar juntas la imaginación y la realidad, la de pensar y hacer en grande, la de cambiar el rumbo de la historia. Mañana presenciaremos el nacimiento de una estrella. No tardaremos mucho en evaluar su tamaño, su brillo y su posición en el firmamento global. Para juzgar la trascendencia del obamismo sus cuatro años, ocho a lo más, transcurrirán como un suspiro junto a la eternidad de una posible hecatombe económica. Ya lo veremos.

abasave@prodigy.net.mx

Obama tiene frente a sí la oportunidad con la que sueñan todos los políticos de estatura y ambición. La de echar a volar juntas la imaginación y la realidad, la de pensar y hacer en grande, la de cambiar el rumbo de la historia.